
Retrato de mi cuerpo*

Phillip Lopate

Soy un hombre que se va de lado. Cuando me siento, mi cabeza se empina a la derecha; cuando camino, la parte superior de mi cuerpo se abalanza a examinar antes que yo la calle. De un modo o de otro, parezco fuera de eje —o sin eje para usar la jerga del holismo. Mi postura desfachatada, la tendencia a dejarme ir o a colocarme en perezosas o contorsionadas malas posturas, sin duda contribuyen a disminuir mi dolor de espalda. De vez en cuando y por poco tiempo, corrijo mis malos hábitos, hago ejercicios todas las mañanas, me siento derecho, respiro hondo, pero siempre un demonio interior que insiste en acercarse oblicuamente al mundo resiste la perpendicular.

Creo que si tuviera hombros más amplios estaría más anclado en la escuadra. Pero mis hombros son estrechos, apenas más anchos que mis caderas. Comprarme trajes es algo vergonzoso. En su *Vida de Picasso*, Françoise Gilot cuenta que Picasso insistía en que el sastre fuera a su casa, era muy sensible a la desproporción de su cuerpo —en su caso todo hombros, nada de piernas. (Cuando crecía yo en Brooklyn, mi héroe era Sandy Koufax, el pitcher judío de los Dodgers. En los pantanos vacíos de los ensayos del coro hebreo en Feigmenbaums' Mansion y Catering Hall, mis fantasías me hacían pichar con grandiosa curva, y ponchaba a veintisiete bateadores de un hilo. Como no me crecieron los hombros, mi identificación con este héroe se apagó; me volví escritor en lugar de convertirme en un Koufax.)

Creo que el incansable ladearse de mi cabeza es un intento por distraer la atención de su miserable base. Quiero que la gente vea mi cabeza, en parte también porque yo vivo la mayor parte del tiempo en mi cabeza. Mi hermana, que estudió para masajista, a menudo me pone

* Tomado del libro: *Portrait of my Body*, Anchor Books, Nueva York, 1996. Agradecemos al autor el permiso para su reproducción.

al tanto de los problemas que conlleva no integrar cuerpo y mente, por ejemplo la tensión en el cuello. Una vez, hace algo así como diez años, estábamos juntos en la playa, ella escudriñaba mi cuerpo con el ojo crítico de una hermana. “Te estás poniendo fofo”, me dijo, “debieras hacer a diario ejercicio. Mírame, no tengo un gramo de más porque yo hago ejercicio todos los días.” Intentó pellizcarse una inexistente llantita, celebrando, como si fuera su costumbre, sus atributos físicos con el entusiasmo gritón y carnavalesco de un tercero.

“Pero” —me aventó un hueso de consolación— “tu cabeza es muy dominante. Hay en ella una intensidad...” Una alumna mía de posgrado (que estaba un poco chiflada) le dijo a alguien que en mis clases solía verme el aura alrededor de la cabeza. Uno de los motivos por los cuales me gusta enseñar es que se centran unas quince miradas en mí, con tanta intensidad paranoica que no pueden sino ayudar a generar un aura y atribuírmela.

También tengo una mirada dominante, tristes y grandes ojos cafés que pueden ser leídos como amables o severos. Una vez me vi varias horas en un video. Descubrí con horror que mi cara se movía en distintas y no coordinadas velocidades: algunas veces, mi boca reía y las cejas se curvaban de regocijo, mientras que mis ojos fríamente calibraban qué efecto le causaba yo al entrevistador. Soy algo así como un actor. Y, como la mayor parte de los intérpretes, el humor que más percibo en mi persona es el de la vigilia preservadora de energía.

Pero esta expresión es a menudo interpretada como un signo de benevolencia, tal vez por la manera en que nuestra cultura acostumbra leer los ojos de color café. Me considero un ser decidido hasta la exageración, egoísta, incluso un poco cruel —en mi caso, conozco demasiado bien la estrechez de mi compasión, de modo que me asombra que la gente reporte como primera impresión de mi persona la de un ser amable, gentil, solícito. En mi juventud me sentía obligado a aparentar dinamismo, arrogancia, intimidación; quería imponerme como el alma de la fiesta; ahora, más seguro de mí mismo, reservo para mí mi energía, de este modo atesoro información y juzgo mejor. Esto a veces da la impresión equivocada de que estoy ligeramente deprimido. Por supuesto, muy aquí entre nos, ya no tengo la energía que algún día tuve, y la acumulación de experiencias me ha hecho, casi contra mi voluntad, más amable y más triste.

Algunas veces siento que mi boca se arquea hacia abajo, mostrando una sonrisa irónica, lo que, en el mejor de los casos, confirma a los

otros que necesitamos tomar las cosas un poco menos en serio —porque formamos parte de la misma comedia— y, en el peor de los casos, expresa el escepticismo del que se siente superior a los demás. Esta sonrisa, que puede ser encantadora cuando no peca de altanera, tiene algo de timidez trenzada con mundaneidad —digamos la de un hombre cultivado al que a menudo avergüenza la testaruda superficialidad de los otros o sus vanas ilusiones. Pero muchas veces mi sonrisa irónica no es nada más que una casilla neutral frente a gente que no parece apreciar mi “aportación”. Odio esa detestable media-sonrisa mía; yo quiero entrarle, participar, ser llamativo, desconsiderado, vulgar.

A veces, percibo en mí mismo una especie de hedor psíquico, no me gusto en lo más mínimo, pero por orgullo empecinado actúo como un hombre que se tiene aprecio. A los ojos de todos parezco equilibrado, firme, sanguíneo, cuando dentro de mí estoy sintiendo asco de mí mismo, arcadas de vómito que rayan en lo suicida. ¡Qué maravilla es ser malinterpretado! Si yo hubiera creído ser comprendido a primera vista, no me habría molestado nunca en convertirme en escritor. Y la verdad es que nunca soy completamente malinterpretado, porque hay otra parte de mi persona que está siempre completamente satisfecha consigo misma.

Me envanezco de las siguientes partes de mi cuerpo: mis ojos, mis dedos y mis piernas. Es cierto que mis piernas son largas y no muy bien formadas, pero la vanidad que me provocan tiene menos que ver con su gracia que con su contribución a mi altura. Montaigne, un hombre del bando de los chaparros, escribió que “la belleza de la estatura es la única belleza de los varones”. Pero aunque no lo hubiera dicho nunca Montaigne, yo continuaría atribuyendo una buena parte de mi autoestima y benévolo liberalismo al hecho de ser alto. Cuando salgo a la calle, me siento en la mejor de las disposiciones hacia los enjambres humanos (casi siempre más chaparros que yo); las multitudes no sólo no me hacen menos, me llenan de vitalidad; y me tienta pensar que mi pasión por el urbanismo está ligada a mi altura. No quiero de ninguna manera sugerir que sólo los altos amamos las ciudades, sólo que, en mi caso, parte del placer que siento al caminar en las calles atestadas, surge de la confianza que tengo de poder ver por arriba de las cabezas de los otros, y de proyectar una encumbrada figura cuando vagabundo por las aceras.

Algunos de mis mejores amigos han sido... ¡chaparros! Hombres brillantes, colmados de ideas poéticas y mundanas, que merecen todo

mi respeto, y el del mundo. Pero algunas veces he tenido que sobrepormerme al impulso de estrujarles las cabezas; y sospecho que han desarrollado cierto estilo de una más formal naturaleza *noli me tangere*, en gran parte como una respuesta al impulso de apapacharlos que sentimos los más altos por ellos.

La casualidad de mi altura me ha inclinado tanto a una informalidad aparentemente igualitaria, como al deseo de liderar. Si no hubiera sido escritor, sin duda me habría convertido en político, incluso me enfilé hacia allá en mi adolescencia. Desde que crucé el metro ochenta, siempre he sentido poseer algo que asemeja una espontánea autoridad tipo Gregory Peck cuando me dirijo a un auditorio. Desconozco el pánico escénico, incluso he buscado con avidez la situación donde pueda lanzar discursos, dar conferencias, participar en mesas redondas, y casi siempre sobrepasar a aquellos con quienes comparto un escenario. Ser alto es ver al mundo desde arriba, y encontrar sus ojos en tus términos. Pero este tema, el *noblesse oblige* de los altos, es bastante provocador y peligroso, así que mejor no hablar más de él.

La imagen mental que uno tiene de su propio cuerpo cambia más lentamente que el cuerpo mismo. La mía quedó inmersa durante un buen tiempo en mis veintes, cuando yo era alto y delgado, pesaba 61 kilos, y podía devorar cuanto me viniera en gana. Comía comida barata y llenadora, hamburguesas con queso, pizzas, sin pensar un instante en la báscula. El metabolismo de un joven permite cualquier dieta. Para acabarla de amolar, mientras más viejo se es, más cultivado se tiene el paladar —y mientras más reveses, mayor inclinación a llenar los vacíos y los enfados con los placeres de la mesa.

Entre los treinta y los cuarenta, subí cuatro kilos, la mayor parte en el tramo intermedio. Desde entonces, mis tripas han crecido notablemente, y ahora propino a las básculas más de 67 kilos. Que me llevó un buen tiempo darme cuenta de esta transformación puede corroborarse en el hecho de que continué comprándome ropa de la misma talla (cintura 33, cuello 15 y medio), hasta que un día una novia me hizo notar que toda me quedaba apretada. Racionalicé esta circunstancia como el resultado de un cambio en las modas (creía ser inconscientemente leal al apego de los años sesenta por los pantalones embarrados) y también al hecho de que sin duda las prendas de vestir se encogen inevitablemente en las lavanderías, no pensé que el problema tuviera que ver con mi propio cuerpo. Esa novia comenzó a comprarme, para cumplea-

ños y fiestas, tallas más amplias, y me pareció muy disfrutable este nuevo estilo más holgado, más *baggy*, que me permitía abotonarme los pantalones sin sufrir, o usar corbata, pues por primera vez en años podía abotonarme el primer botón de la camisa. Pero pasó un tiempo considerable antes de que yo mismo entrara a una tienda y pidiera mi verdadera talla.

La ropa puede disfrazar los defectos de nuestros cuerpos, hasta un cierto punto. Yo me visto con mucho optimismo, combino este color con aquel otro, mezclo mis diseñadores japoneses o italianos favoritos, coordino diseños y texturas, escojo corbatas, y luego paso al espejo del baño a ver el resultado. Traigo en la cabeza una imagen ideal del efecto que produciré al usar una elección específica de prendas, basada, sin duda, en los modelos varones de ciertos anuncios de modas —y quedo siempre tan lejos de esta belleza de *gigolo* insaciable, que no puedo evitar sino sentirme desilusionado cuando resulta ser que soy tan deprimentemente yo mismo, estrecho de hombros, talmúdico, esa boca tristonera, invariable, esa larga, estrecha boca, esos ojos que juzgan, la nariz de gancho semítica, todo lo cual expresa tanto la tensión de mis logros intelectuales, como la tabula rasa de la inmadurez... porque hay ahí, todavía, bajo la imagen, un niño mirándome en el espejo. Un niño al que aceleradamente se le está echando para atrás el contorno del cuerpo cabelludo.

¿Por qué es que he permanecido siendo un niño todo este tiempo, bien entrado en los cuarenta? Me acuerdo que cuando tenía diecisiete dibujé un autorretrato frente al espejo. Me sentí tan desanimado por esa barbilla débil y esos ojos dominantes, que terminé enfocándome en el cuello de la camiseta de algodón. Desde entonces he hecho lo posible por volverme más rudo, pero todavía encuentro en el espejo esa incertidumbre persiguiéndome —escudada por una cáscara de cinismo fanfarrón, tal vez, pero no tocada por la sabiduría. Así que me acerco al espejo sin mucho ánimo, sin alegrarme en lo más mínimo, como haría si me topara con el más alejado de mis conocidos, y me aproximo paso a paso a este *schmuck* de ceño fruncido.

Sin embargo, sería un insulto para los que trabajan bajo la carga de una verdadera fealdad que yo me hiciera pasar por un hombre sin atractivos. Algunas veces soy incluso guapo, si entrecierras los ojos y me figuras parecido al más cercano *beau idéal*. No tengo ni un ápice de la virilidad de un *cowboy*, cierto, pero creo que quepo muy bien en la

categoría de un *nerd* adorable, o la del profesor distraído que despierta la curiosidad de algunas mujeres. “Lindo” es la palabra usada con frecuencia por aquellas a quienes tengo la suerte de atraer. Pero, de nuevo, únicamente atraigo mujeres que son sólo de una manera un poco extraña hermosas: las bellas que hacen a cualquiera voltear a verlas, las bellezas profesionales, éstas nunca sienten interés por mí. Para ser preciso, les soy invisible. Esta total falta de interés de ellas por mí siempre me ha fascinado. ¿Se deberá sólo a que la belleza atrae a la belleza, tanto como la riqueza a la riqueza?

Pienso en el pobre (no en relación con su talento literario) Cesare Pavese, que se la pasó cazando estrellitas, modelos y bailarinas —exquisitas beldades que no podían apreciar su encanto, moroso y de cafetería. Antes de suicidarse, escribió un poema dirigido a una de ellas “Vendrá la muerte y tendrá tus ojos” —promoviéndola de esta manera, injustamente, de amante que rechaza a verduga. Tal vez Pavese creía que sólo las mujeres hermosas —y no los críticos literarios, que siempre le otorgaron premios literarios— lo veían con claridad, con visión perfecta, y tenían el derecho a juzgarlo. Si yo hubiera sido más testarudo, y un poco masoquista, tal vez hubiera seguido sus pasos, y cazaría a una beldad hasta que arrinconándola la obligara a decirme, como un oráculo, que lo que no podía atraerla era precisamente mi apariencia, mi aspecto, mi físico. Entonces, tal vez, conocería algo crucial acerca de mi cuerpo, antes de pasar a mi siguiente encarnación.

Jung dice en alguna parte que pagamos con mucho tiempo y a muy alto precio por aprender de nosotros lo que un extraño puede ver a simple vista. Es así lo que siento que me pasa con mi espalda. Si dejamos a un lado los probadores de las tiendas, ninguno de nosotros tenemos manera de saber cómo nos vemos desde la espalda. Es el área de nosotros mismos cuya apariencia podemos controlar menos, y es tal vez por esto nuestra parte más honesta.

Yo divido las espaldas en dos tipos: la mía, y las de todos los demás. Las de los otros son a menudo misteriosas, exquisitas y simpáticas de una manera pavorosa. Siempre he amado las espaldas. ¡Caminar atrás de una mujer hermosa con un vestido sin espalda, y saborear cómo un buen par de homóplatos son realzados por su propia sombra, tiene el mismo poder de romperme el corazón que un pómulo embrujador! Me pregunto qué quiere decir de mi persona el que yo adore una parte del cuerpo que apunta al abandono. ¿Quiere decir que soy un

glotón del abandono, o que soy un tímido *voyeur* que prefiere miradas subrepticias a las directas y retadoras? A menudo he sentido el amor más profundo en el preciso instante en el que mi amada me da la espalda para dormirse.

Mi espalda no me despierta ningún sentimiento autoerótico. No puedo siquiera imaginarla, visualmente es una extraña para mí. La conozco sólo como un estorbo que entró a mi conciencia hace veinte años, cuando empecé a padecer dolor de espalda. Sí, todos sabemos que el *homo sapiens* está mal construido; nuestra postura erecta ejerce demasiada presión en la base de la espina; la principal causa de ausencia laboral es el dolor de espalda. Como soy escritor, paso el día sentado, y con esto agravo el problema. Mi espalda es enemiga de mi vida de escritor; si no hago ejercicio a diario, me empieza a doler inmediatamente; y si lo hago, no estoy tampoco a salvo. Podría decir más, pero no hay nada más aburrido que este tema. Un padecimiento tan común y corriente no le otorga ningún carisma al sufriente. Uno tiene que agregarle dramatismo de alguna u otra manera, como en la frase: "El dolor de espalda me está matando".

Una columna de chismes diría lo siguiente sobre mi cuerpo: mis cejas crecen bastante peludas a todo lo ancho de mi frente, tanto que cada vez que voy la peluquería, el peluquero diplomáticamente me pregunta si no quiero que me las arregle. (Por lo general contesto que no, porque asocio las cejas espesas con una virilidad balzaciana, *élan vital*; pero algunas veces acepto con displicencia, para calmar su fastidiosa insistencia)... Mi ombligo es un modesto, no un vistoso, remolino, una ranura empotrada, como el de mi padre. A pesar de esto, me encanta olisquearme el dedo después de haber jugueteado con él: un olor muy agrio, subterráneo, imposible de describir, pero digamos que una combinación de calcetines viejos de gimnasia con tripas rellenas (la palabra yiddish para este guiso cebolliento de intestinos molidos es, muy apropiadamente, *kishkas*)... Tengo una cicatriz en mi lengua desde la infancia, debo suponer que me la gané por haber aterrizado de alguna manera contra un objeto punzante. O tal vez la mordí muy fuerte. Como tengo el hábito de sacar la lengua como un perro cuando estoy haciendo un esfuerzo físico, tal vez para acicatear mis músculos, puede que me la haya agarrado en una de esas... Hago rechinar los dientes, dormido o despierto. Despierto, la sensación me pone en alerta, y me aterriza, cuando me da por las ensoñaciones. Otra manera que tengo de traerme

al mundo es pinchándome el cachete —agarro un pellizco de carne hacia abajo, y lo estrujo—, como una vez vi a JFK hacerlo en un desfile de automóviles, en una filmación... Me pellizco así sobre todo cuando, dando mis clases o en otras ocasiones frente al público, estoy intentando mantener mi concentración mental. También me rasco la nuca cuando, en público, siento tensión, tanto que a veces me saco ronchas y llagas, que terminan por tener costras; y es una delicia arrancarme las costras... Mi nariz me pica siempre que pienso en ella, y me la rasco muy seguido, especialmente cuando estoy en la cama intentado dormirme (tal vez porque entonces estoy consciente de mi respiración). También me hurgo la nariz, me la escarbo insistentemente, cuando nadie —¡espero!— me está viendo... Tengo una cicatriz blanca del tamaño de un moneda pequeña en la parte blanda de la rodilla; de niño, me estrellé corriendo contra la defensa de un coche, todavía me acuerdo cuando me quedé observando con fría calma cómo corría la sangre, salía como de un hermoso durazno a medio comer... Por lo regular, la vista de mi propia sangre me pone horrendamente nervioso. Cuando me sacaban una muestra de sangre, solía desmayarme, ahora puedo controlarme, me muerdo por dentro los cachetes mirando insistentemente en sentido contrario a la acción de la aguja... Me gusta limpiarme la cerilla de las orejas tan frecuentemente como sea posible (el olor es peculiarmente sulfuroso, lo asocio con el de los cuerpos de insectos muertos). Me niego a oír las advertencias de que es peligroso introducirse objetos en los oídos para limpiárselos. Amo los Q-Tips sin moderación; los compro en cantidades fabulosas, y los almaceno tal y como un refugiado almacenaría comida enlatada... Mis tobillos son largos y parecen de simio; no les tengo ningún apego, están tan lejos, que bien pueden pertenecer a otra persona... Mis nalgas planas no son ofensivamente grandes, pero ninguna tiene la apariencia soñadora que uno ve en los anuncios de jeans... Tal vez por esta razón, me perturbé puritanamente cuando los traseros comenzaron a ser considerados en Madison Avenue, por ahí de los años setenta, como crucial equipo sexual, y empecé a recibir los ensayos de alumnas adolescentes declarando que les gustaba tal chavo sólo porque tenía “unas pompas chulas”. Me incomodaba; según yo el meollo del asunto estaba en otro lugar.

Acerca de mi pene no hay nada, creo, inusual. Tiene un tallo café, con un hongo rosa cuando jalo el pellejo hacia atrás. Como muchos heterosexuales varones, no tengo mucha información que me permita compa-

rarlo con otros, así que me siento como un verdadero novato cuando estoy entre mujeres u hombres gays que se explayan deleitándose en las diferencias de los penes. Me preocupa que me vayan a juzgar duramente, que me ridiculicen como los niños que me arrancaron el traje de baño en un campamento de verano cuando yo tenía diez años. Pero, tal vez, simplemente lo declararían un pene común y corriente, que cambia de tamaño con los estímulos del clima y la hora del día. De hecho mi pene sí tiene una peculiaridad: dos agujeros para orinar. Están muy cercanos el uno al otro, por lo regular corre sólo un chorro de orina, pero si un pelo queda atrapado entre los dos agujeritos, u ocurre algún otro contratiempo, dos chisquetos salen en direcciones distintas al mismo tiempo.

Esta parte de mi persona, que tan sinecdóticamente se identifica con el cuerpo masculino (como el término “miembro viril” sugiere), me ha dado simultáneamente muy poca y mucha información acerca de lo que significa ser un hombre. Tiene una personalidad de gato. Yo le he suplicado que se comporte mejor, que sea menos retozón, o más, dependiendo del momento; he obedecido su intuición en asuntos de amor, ignorando el sentido común, y he pagado el precio; pero también he aprendido a apreciar que tiene su muy particular forma de inteligencia y que vale la pena hacerle caso, o si no uno pagará otro precio.

Sólo decir la palabra “impotencia” en voz alta, me pone nervioso. Solía temblar cuando la veía impresa, y su pariente cercana “importancia” —si uno lo mira bien— me produce el mismo efecto, como si estuvieran publicando a voces uno de mis secretos. Pero ¿por qué tendría que ser mi secreto, cuando la verdad es que mi pene me ha dado regularmente erecciones todos estos muchos años —excepción hecha de, digamos, una docena de veces, cuando yo era todavía muy joven? Porque, aunque no sea para mí un problema, ha dominado una buena parte de mi pensamiento adulto masculino. No necesito sino irme a la cama con una mujer, para quedar a su merced. El poder de la declaración de un pene flácido, “no te quiero”, es tan severo, tan cruelmente directo, que continúa por ejercer una fascinación, fuera de toda proporción, sobre su incidencia real. Esas pocas veces en que yo fui incapaz de “funcionar”, fueron como si una pared me forzara a tomar otro camino —exacto como cuando a los diecisiete intenté suicidarme, y me vi forzado a abandonar el pesimismo por un buen tiempo. Cada una de esas veces me ha enseñado, de manera asaz dolorosa, que no podía

manejar el mundo del modo en que lo había interpretado previamente, que mi confusión y mi rabia estaban siendo descubiertos. Debía volverme más astuto, o, si no, crecer.

Pero por la misma razón por la que me vi obligado a dejar eso atrás, estas dos opciones de mi juventud —la impotencia y el suicidio— continúan gobernando una lealtad subterránea, como si hubieran sido más “honestas” que las estrategias descarriadas por las que opté, la sobrevivencia y la “potencia”. Digámoslo de esta manera: algunas veces topamos con una persona que hace años vivió una crisis nerviosa, y que parece solidificada sobre un terreno lodoso, su vulnerabilidad afianzada de tal manera que parece peligrosa; percibimos que dejó en dicha crisis una porción crucial de su persona, y que de ahí para acá ha crecido rígidamente jovial. Así el suicidio y la impotencia se convirtieron para mí en los caminos no tomados, las rutas que yo reprimí.

Siempre que escucho una anécdota sobre la impotencia —una mujer que ha sido capaz de encamar a un ex sacerdote que había sido célibe y que era incapaz de hacer el amor, primero acostándose a su lado durante seis meses sin tocarlo, después acariciándolo durante otros seis meses, después llevándolo lentamente hacia el abrazo sexual—, yo creo que están hablando de mí. Me identifico completamente: esto a pesar de que —y prometo no volver a repetirlo— he sido capaz de hacer el amor casi siempre que se ha requerido. Aunque no lo crean, no estoy presumiendo cuando lo digo: una parte de mi persona desprecia su virilidad, como si todo fuera un truco mecánico que violase mi naturaleza natural, la de un hombre impotente aterrorizado por las mujeres, completamente aislado, separado del mundo.

Ahora veo de qué manera he idealizado la impotencia: la he conectado con un repudio del mundo, como una especie de integridad, como en *El misántropo* de Molière. La he conectado con esa parte de mi persona que, así sea yo gregario y social, continúa insistiendo en que soy un recluso, demasiado bueno para esta vida. Obviamente es cierto que no vivo aterrado por las mujeres. Exagero este terror para conseguir un efecto más dramático, un mero propósito efectista.

Una última palabra sobre la impotencia: una vez, cuando pasaba por el periodo en que salía con muchas mujeres, como queriendo voluntariamente ignorar mi lado hipersensitivo, y forzarlo a adquirir callo arrojándome a la fuerza a situaciones extrañas (y no sólo sexuales) y presenciando que yo era capaz de salir más o menos airoso, salí con

una mujer que era muy atractiva, alta y rubia, se llamaba Susan. Trabajaba en algo que tenía que ver con música pop, era seguidora del religioso visionario futurista Teilhard de Chardin y creía ser una pacifista religiosa. De hecho, me dijo que su número de teléfono era un anagrama: NO-A-LA-GUERRA. Yo creí que bromeaba, y me carcajé, pero ella me echó una mirada de esas que matan. Debo decir que todas las mujeres con las que fui o casi fui impotente eran de naturaleza solemne. El acto sexual me ha parecido siempre ridículo de diferentes maneras, y me siento muy cómodo cuando una mujer que se mete a las sábanas conmigo comparte el sentido de pomposidad cómica que hay atrás de la grandilocuencia retórica de la carne. Es como si la prosa del cuerpo se viera drásticamente exprimida en verso medido. Si yo hubiera sido amante de D. H. Lawrence, no sé cómo le habría hecho para dejar de carcajearme, y estoy seguro de que él se habría enfadado bastante conmigo. Pero para mí una sonrisa diciendo “todo esto pasará”, tiene más efecto erótico que ninguna otra cosa.

Se dice que si un hombre tiene largos, largos dedos, también tiene un largo pene. Puedo decir con completa certeza que mis dedos son muy largos y sensitivos, la parte más perfecta, elegante y hermosa de toda mi anatomía. No son perfectos del todo —el último nudillo de mi dedo medio derecho está torcido siempre, me lo rompí en un partido de softball cuando trataba de bloquear la base—, pero incluso esta ligera desfiguración, anuncio de mi mortalidad, a mis ojos añade encanto a la belleza de mis manos. Mi pene no despierta en mí nada parecido al gusto que me da contemplar mis dedos. Manos de pianista, me han dicho a menudo; y aunque no toco el piano, derivó de esta afirmación una satisfacción estética tan pura y apolínea como soy capaz de sentirla. Puedo verme los dedos durante horas. No debe sorprender que me los meta tan a menudo a la boca, que me coma las uñas para tenerlos más cerca. Cuando escribo, casi siento que ellos, y no mi intelecto, son los inteligentes progenitores de mi texto. Cualquier narcisista, fetichista y orgulloso sentido de la masculinidad que yo acaso tenga de mi cuerpo, debe empezar y terminar en mis dedos.

Traducción: Carmen Boullosa